CORONA POÉTICA

CORONA POÉTICA.

CORONA POÉTICA

CONSAGRADA AL ILMO. SEÑOR DOCTOR

DON JUAN JOSÉ ARBOLÍ Y ACASO,

CANÓNIGO DOCTORAL DE LA STA. Y APOSTÓLICA IGLESIA
CATEDRAL DE CÁDIZ,

CON MOTIVO DE SU EXALTACION

Á LA SILLA EPISCOPAL DE GUADIX.



CÁDIZ.

IMPRENTA, LIBRERÍA Y LITOGRAFÍA DE LA REVISTA MÉDICA,
Á CARGO DE D. JUAN B. DE GAONA,
plaza de la Constitucion, número 11.
1852.

POEMA BIOGRÁFICO.

Recibe este tributo
De una amistad sincera
Que galardon no espera,
sino perpetuidad.
Acéptalo cual fruto
De tus nobles acciones,
Y nuevos eslabones
De afecto y de lealtad.

Mi lira en ecos rompa
De plácida armonía,
Llena de un entusiasmo sobrehumano;
Y aunque suene sin pompa,
Porque en la poesía
Sea débil mi cantar, ruda mi mano,
El placer soberano,
Que inunda el pecho mio,
No aparezca en tus glorias
Cual nubes transitorias,
Que apenas dejan huella de rocío,
Si no que se asegure
En el papel, y así perpetuo dure.

Que si virtud no halla
En sí para la gloria;
(Triste suceso de produccion mia.)
En tí sabrá buscalla,
Cantando tu victoria
Con verdad, ya que no con facundia.
Que el cielo que te envia,
Y justo te confiere
La silla de Guadix,
Dará suerte feliz
A el borron tosco, que mi musa hiciere,
Para que brille y luzca
Donde un recuerdo tuyo se trasluzca.

No lo dudes, amigo,
Porque solo tu nombre,
Que en alas de la fama llegó al trono
Y encontró en él abrigo,
A mi cantar renombre,
Y fama, y esplendor daràle, y tono;
Pues están en su abono
Tu virtud y elocuencia,
Tu ciencia y facundía,
Que harán su melodía
Plácida, grata, y digna de clemencia,
Porque á tí se dedica
Y la efusion de un pecho adicto esplica.

Dedicado al estudio
Desde tus tiernos años,
Del mundo y sus deleites te olvidaste,
Y al gustar el preludio
De idiomas á tí estraños,

En ellos te embebiste y te cebaste;
Y renombre alcanzaste,
Que te subió á la esfera
De célebre humanista,
Y fijó en tí la vista
El jamás olvidado y gran Cabrera (1):
Sus brazos te abrigaron
Y á las sublimes ciencias te encumbraron.

La sacra teología,
Y el hebreo, y el griego
Él mismo te enseñó con entusiasmo;
Y viendo que crecía
Del saber en tí el fuego,
Miróte con afecto, y aun con pasmo:
Que él usó del sarcasmo
Solo con la ignorancia,
Y demostróle aprecio
A el que no fuera necio,
Ni se pagó de erguida petulancia,
Dispensando su amparo
A el hombre en quien halló talento claro.

Cediendo en tus blasones
Este recuerdo grato,
No estrañes que lo use en este instante,
Porque estas digresiones,
De un Mecenas retrato,
Sabe apreciarlas quien no es ignorante,
Y es á la par amante

(1) El Dr. D. Antonio Cabrera, Canónigo Magistral que fué de esta Santa Iglesia, y Maestro del Ilmo. Sr. Arbolí.

De la dulce memoria
Del que le dió la mano
Para guiarlo ufano
A la cumbre y al templo de la gloria,
Cual á tí sucediera
Con nuestro sabio Magistral Cabrera.

Mas de una vez te oyera
Ponderar sus virtudes,
Su ciencia, su saber, su entendimiento;
De tu boca aprendiera
Las sabias prontitudes,
Que mostraron al pueblo su talento;
Y te hallé en tu elemento
Cuando lo ponderabas
Con entusiasmo tanto,
Que me causaba encanto,
Y mas de una vez ví que suspirabas:
Que el pecho agradecido
Jamás á un maestro tal lega al olvido.

Por eso tú, siguiendo
Con estudio anheloso
La huella que Cabrera te trazara,
Mil esfuerzos haciendo,
Corristes presuroso
La trabajosa meta, asaz preclara,
Que aquel te señalara;
Y no contento con la teología,
Cursaste ambos derechos
Con tan sumos provechos
Que renombre te dieron á porfía,
Porque en ellos te hiciste

Tan profundo, que el lauro conseguiste.

Yo te vi, laureado,
Adquirir tanta fama
Entre los muchos sábios de Sevilla,
Que el clero entusiasmado
A el púlpito te llama,
Porque eras de las ciencias maravilla;
Y tu diccion sencilla
Y estilo inimitando
En el sermon luciste,
Que ante el cabildo hiciste
En loor de las glorias de Fernando,
Poniendo en evidencia,
Que pocos hay que igualen tu elocuencia.

Así, pues, los Doctores,
Que aquel sermon oyeron
Y en el claustro su mérito encomiaron,
Sábios admiradores
Tuyos, te propusieron
Para el de su Patron, que te encargaron. (2)
Con dolor no lograron
Llegases á aceptarlo
Por sucesos estraños
En este y otros años,
Sin que tu empeño fuese repugnarlo;
Pues tú hubieras querido
Responder á tu claustro agradecido.

(2) No bien hubo predicado en la Patriarcal el gran sermon de la fiesta de S. Fernando, el Claustro de la Universidad le convidó el de su Patrono Santo Tomás de Aquino, pero no pudo complacer á su Claustro en ninguno de los años que cursó en Sevilla.

Mas á Cádiz volviendo,
Que por ser patria tuya
Se enorgullece, ilustra y lisongea,
Tus méritos midiendo,
Como alhaja que es suya
Y en que con entusiasmo se recrea;
Proseguiré mi idea,
Cantando tus acciones
Como clérigo sabio;
Que, aunque torpe mi labio,
Tengo, mas que otros, copia de razones;
Pues te seguí en Sevilla,
Y ocupo en Cádiz junto á tí una silla.

Logré por dicha mia
Documentos fehacientes
De tus actos científicos grandiosos.
Romero (3) me confia
Antiguos; los recientes
Yo los formé, cual títulos lustrosos
Para Cádiz gloriosos.
El Cabildo ofreciéra,
A mis manos su archivo;
De este modo recibo
Los que tanto mi anhelo pretendiera;
Y hé porque aseguraba,
Que nadie en datos tuyos me igualaba.

Antes que al Sacerdocio
Pudieses consagrarte,

(3) **El Sr. Magistral, Dr. D. Antonio Romero, fué Juez y Secretario en las oposiciones que hizo el Illmo. Sr. Arbolí, y me regaló las censuras de los actos de todos los opositores.**

Porque aun el quinto lustro no mediabas,
Enemigo del ocio,
Ante el pueblo mostrarte
Consiguieron las ciencias, que encerrabas;
Y el colegio ilustrabas
A que perteneciste,
A oposicion saliendo,
Y en tus actos luciendo
De tal modo que *el solo* mereciste,
Que el Tribunal sapiente
Declare tu saber *sobresaliente*.

Nuevo concurso abren,
Y de nuevo te inscribes,
Méritos pretendiendo, y no curato,
Que el camino te labren
Para el fin que concibes,
Y que no muestra tu sutil recato;
Y nuevo voto grato
De *eminente* mereces,
Y ser recomendado
Por mas aventajado
Al Rey; porque los justos rectos jueces
Tal tu mérito hallaron,
Que elevarlo ante el Sólio no dudaron.

El Cabildo que viera
Con ojo diligente,
Que una joya, cual tú, perder no debe,
Al punto se acelera
Con paso asáz vehemente,
Y á Prebendado, ledo te promueve (4).

(4) En 1826 fué nombrado por el Cabildo, Medio-Racionero de la Santa Iglesia Catedral.

En vano se conmueve
La envidia, y serpentea
Baja, votos buscando,
Y por otro pugnando;
Porque el Cabildo firme está en su idea,
Y con *independencia*,
Premiando tu saber, vota en conciencia.

Nueva justa se sigue
A el morir tu padrino,
Dejando á Cádiz en el desconsuelo;
La emulacion consigue
Privarte del destino,
Que él ocupára con asíduo celo;
Porque permitió el cielo
Por juicios misteriosos,
Que de aquella el amaño
Venciera, y no es estraño,
Que á puestos mas ilustres y grandiosos
Dios justo te encamina
Para su confusion y su ruina (5).

La Lectoral vacara
Despues, y á nueva lucha

---

(5) Muerto el Magistral Cabrera, pasó el Illmo. Sr. Arbolí á Sevilla con el fin de Doctorarse en Teología, y no habiendo sido despachados oportunamente sus papeles en Madrid, cuando entró en grado se estaba ya verificando la oposicion en Cádiz; así que, corrió en dichos dias por la ciudad la siguiente décima:

Si el Ciceron gaditano
Venir hubiera podido
Al concurso fenecido,
No le hubiera sido en vano;
Pero alguna oculta mano,
Emula de su ventura,
Creyendo, que así asegura
La suya, que no viniese
Hizo, y se le detuviese
La graduacion que aun procura.

José Quintanilla.

Tu saber te dispone, y la emprendiste:
Y el pueblo que anhelara
Verte oponer, te escucha,
Y en leccion y sermon lo embebeciste:
Pero no conseguiste
La vacante espresada,
Porque el Cabildo quiso
Premiar á Beyens (6), que hizo
Ya la otra oposicion en tí burlada,
Y sus actos lucieron,
Y de los tuyos no se desdijeron.

Como tú no tenias
De cánones el grado,
Que luego incontinenti recibiste,
En los amargos dias,
En que el cargo ha vacado
De Doctoral, á graduar partiste:
Por pronto que volviste
Ya el plazo era pasado,
Y al Rey pertenecia
Proveer la canongía
Por derecho devuelto concordado:
Tu mérito premiando
Por Doctoral te proclamó Fernando.

En ella duros dias
De trabajo y desvelo
En pleitos y otros puntos te tocaron;
Mas tú, constante, hacias
Que fuesen de consuelo

(6) El Sr. Dr. D. Miguel Beyens y Beyens, mi querido maestro.

Para los que en tus manos se entregaron;
Pues ellas nos sacaron
Tantas veces triunfantes,
Que la fama corriendo,
Vinieron pretendiendo
Tu dictámen iglesias litigantes,
Y que las dirigieras
Como en la nuestra con empeño hicieras.

De la Iglesia el derecho
Y del Episcopado
Siempre con gran calor has defendido;
Del cobarde á despecho
Con valor has pugnado,
Y en tan glorioso empeño te he seguido;
Pues la ley te ha movido
A entrar en la pelea
Con fogoso ardimiento,
Y á mí el convencimiento
De que toda accion tuya rije Astrea,
Y que siempre has luchado
En defensa ó á impulsos del Prelado.

Yo citara los hechos;
Pero son tan recientes,
Que inútil me parece referirlos;
Los católicos pechos
Bien los tienen presentes,
No hay pues razon plausible de aducirlos.
La historia trasmitirlos
Sabrá, cuando convenga,
Pues ceden en su honor,
Y á tí *Gran Defensor*

Te aclamará la grey que sobrevenga;
Puesto que aseguraste
Sus derechos, que *Santos* proclamaste.

Tambien has confirmado
Con tu sabia doctrina
Los hechos que te ilustran y te afaman,
Y Cádiz admirado
Oyó la ley divina
De tus labios, que mueven y que inflaman.
Sabio orador te aclaman,
Y corre presuroso
El pueblo para oirte;
Y llega á distinguirte
Tu elocuencia del modo mas honroso:
E Isabel de Castilla
Te hace predicador de su capilla.

Otro, mas vanidoso
A la corte corriendo
A ostentar su decir hubiera ido;
Pero tú, religioso
Y humilde discurriendo,
La régia invitacion has desoido.
De otro deber movido,
Que es tu suprema ley,
Te escusaste, fundado
En que estabas llamado
Por ministerio á orar ante esta grey,
Que aquí el pasto escasea,
Y es de tu pueblo tu primera idea.

Así lo has comprobado

Desde que algo valiste,
Consagrándole al pueblo tus tareas.
Apenas ordenado
Ya cátedras rejiste,
Trasmitiendo tu ciencia y tus ideas.
En sabias asambleas,
Científicas reuniones,
Aulas de seminarios,
Y en otros puntos varios
Con celo produjistes tus lecciones,
No esquivando tu ciencia
A nadie por deber de tu conciencia.

Esta misma te mueve
A escribir con empeño
Una sana y veraz filosofía;
Que el siglo diez y nueve
Se embebeció en un sueño,
Que en ciencias lo arrastraba á la herejía.
El cielo disponia,
Dirigiendo tu mano,
A la fe despertarlo
Y del sopor sacarlo,
Sin recurrir á esfuerzo sobrehumano,
Pues tu filosofía
La razon y la fe de nuevo unia.

Y los sabios, mirando
Union tan bien trazada,
Siguieron tu carrera presurosos,
Y por texto adoptando
Tu gran obra, enseñada
Fuera entre elogios justos y pomposos,

Para tí muy gloriosos:
Y en universidades,
Colegios, ateneos,
Científicos liceos
Resonaron con eco sus verdades:
Tu doctrina brillante,
Despierto el siglo, la aclamó triunfante.

Y aquella, que rigiendo
Con justicia y con fe
El cetro que la España le entregara,
Su real vista tendiendo
Desde su solio, vé
Tu ciencia, tu virtud, tu fe preclara;
Y por tí se declara
De nuevo, y trata ufana
Premiar en tí aquel hombre,
Que le dá mas renombre
A la nacion que rije y engalana;
Solo espera el momento
De lograr su acertado pensamiento.

Del émulo á despecho,
Por tres veces propuesto
Has sido para el alto episcopado.
¿Y qué esfuerzos no has hecho
Para esquivar un puesto
De tantos sinsabores y cuidado?
En vano te has negado;
Dios te llama hácia él
Por decreto divino,
Que fijó tu destino
Y una constancia firme en Isabel

Para que no admitiera
Tu empeñada renuncia postrimera.

Tu humilde resistencia
Venció la constancia
De una Reina, que es justa y religiosa;
Y tu misma conciencia
Te puso en circunstancia
De salir de tu lucha congojosa;
Y aceptaste la Esposa
Mas noble de este suelo;
Pues que fué la primera,
Que la fé recibiera,
Cuál apreciable don del justo cielo:
La historia en su relato
Así lo dice, hablando de Torcuato.

Torcuato....! Gran modelo
Dios sábio te propone
Para que rijas con valor tu grey.
Tu ya probado celo
Con empeño dispone,
Que eres llamado á defender la ley.
De los cielos el Rey
Con su sangre gloriosa
Confirmó la doctrina
De nuestra ley divina,
Fortificando así á su tierna Esposa,
Hasta verter la tuya
Lucha porque en Guadix no se destruya.

Tú, que al Episcopado
Con respeto miraste,

Y por su verdadera faz lo viste;
Tú, que lo has estudiado,
Tú, que lo escudriñaste,
Y que toda su esencia comprendiste,
De esplendor lo reviste,
Sí, Juan, y no lo ultraje
La falsa hipocresía,
Que Cristo maldecía,
Y á que en otros destinos vasallaje
Rindieron los mortales
Para agravar de sociedad los males.

El báculo no es gala
De lujo, ni de pompa,
Ni mugeril adorno despreciable:
Bueno es que una Zagala
Por lucirlo lo rompa,
Usándolo, cual cosa deleznable;
En un Prelado es sable
Para pugnar, pendon
Que nos guia por la ley,
Y le muestra á la grey
Alta, santa, y legal jurisdiccion.
¡Ay de aquel que lo lleve
Cual la Zagala, y no como se debe!

De tí yo no lo espero,
Ni esperarlo presumo,
Porque sabes las ciencias de tu puesto,
Y aprendiste primero
Con un estudio sumo
Lo que la Religion te manda en esto.
Con el báculo enhiesto

Correrás el camino
De la humildad ilustre,
Dándole á aquel el lustre
Que exije, cual señal de tu destino,
De tu recta conciencia
Será el signo en tu mano, y de prudencia.

Será tambien terror
Del maligno, empeñado
En no salir de su maldad protervo,
Y será el protector
Del que se halle angustiado
Por la miseria ó el dolor acerbo.
A el potente y al siervo,
A el rico, al indigente,
A la viuda, al anciano,
Al sábio, y al villano,
Y al huérfano apenado é inocente
Lo tenderás mostrando,
Que á sus sombras el bien se vá sembrando.

Só su yugo suave
Y direccion prudente
Pastarán sosegadas tus ovejas,
Sin temor de que el ave
De rapiña, ni el diente
Del lobo llegue ó toque á sus güedejas.
Sus balidos, no quejas,
Serán, sino efusiones
De afecto, de ternura,
Ecos de su ventura
Y de su bienestar demostraciones;
Que el gobierno del sábio,

Jamás manchado fué con el agravio.

Así Guadix gozosa
Te mirará en su seno,
Cada vez mas tu mérito observando;
Mientras Cádiz llorosa
Pierde lo mas ameno,
Pierde un ilustre hijo venerando.
Yo que estoy contemplando
Por lo que en mí sintiera
Lo justo de su pena,
Muevo mi débil vena,
(¡Fuese de Homero ó Pindaro quisiera!)
Para hablarte en su nombre
É intentar que este llanto no te asombre.

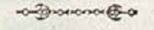
El llanto no es estraño
Aun en los dias gloriosos;
Que el júbilo se aduna al sentimiento,
Sin que esto indique daño
Sí afectos cariñosos,
Que luchan entre sí con fundamento.
Premiado tu talento
Y virtud, en tu gloria
Cádiz se muestra ufana
Al ver que se engalana
Con nuevo timbre su preclara historia,
Y su pecho estasiado,
Se regocija viéndote exaltado.

Pero al paso este pecho
Siente que te separes
Del regazo en que tierna te criára;

Para gemir derecho
Tiene, y que con pesares
Se mezcle el gozo que la entusiasmára;
Porque de alhaja cara
No fácil se desprende
Su dueño ó posesor,
Sino siempre el dolor
En su desprendimiento se comprende:
Así el padre apenado
Dá la hija á el esposo, que ha aceptado.

Y así este débil vate,
Que en tus glorias se goza,
Llora tambien tu pérdida sintiendo;
Mas esto no lo abate,
Què es la causa gloriosa
Porque encontrados choques vá sufriendo:
Y al cielo bendiciendo
Porque te legó el premio,
Que la envidia maldice,
Con efusion te dice:
Que cual subiste de Pastor al gremio.
Cádiz toda te vea,
Recibiendo en el cielo la presea.

FRANCISCO GARCIA SANCHEZ DE SILVEYRA.



SONETO.

Varon insigne, que en la sacra ciencia
Emulaste el saber del gran Montano,
Luz del templo, filósofo cristiano,
Grande en doctrina, grande en elocuencia;

Dios tu eleccion guió, la Omnipotencia,
Cuando su amada grey fió á tu mano,
Dió á tu palabra aliento soberano,
A tu pluma vigor, fé á tu creencia.

Y tú, rebaño fiel, no ya te asombre
Si Luzbel contra tí ruge iracundo
Blasfemando de Cristo el Santo nombre:

Tu Pastor sabrá hundirle en el profundo;
Que es su voz la del Dios que ilustró al hombre,
Su báculo la Cruz que salvó al mundo.

Cádiz 28 de Diciembre de 1851.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Dixit autem Dominus ad te: Tu pasces populum meum Israel, & tu eris dux super Israel.

LIBER II. REGUM.
CAP. V. v. II.

I.

Nunca el incienso de mundana pompa
Pudo embriagar mi libre fantasía,
Jamás al eco de guerrera trompa
Unióse el eco de la lira mia:
Nunca al que en brazos del poder dormido
Pide de vana admiracion tributo
Mi canto consagré, desvanecido
Por el aplauso que interior gemido
Ahoga arrancado por secreto luto.

II.

Fijé mis ojos en la edad pasada,
Quise en la historia descubrir su suerte,
Y en sus brillantes páginas manchada
La ví con huellas de baldon y muerte;

Cuando entre nubes de mortal renombre,
Quizá de fuerza superior, ejemplo;
Ví de la turba levantarse un hombre,
Despues escrito contemplé su nombre
Con llanto y sangre en orgulloso templo.

III.

¿Por qué si agora en el poder te veo
Canto y mi voz tu dignidad pregona,
Y respetuoso con afan deseo
Una flor añadir á tu corona?
¿Y cómo no ofrecer esta mezquina
Oblacion de mi canto á quien el cielo
Por su sagrada voluntad destina
A gobernar en la region del suelo
Con la palabra del amor, divina?

IV.

¡Santo poder que la piedad ordena,
Que trueca el desaliento en esperanza,
Que del siervo quebranta la cadena
Sofocando sus ansias de venganza;
Que al que en miseria y en pesar se agita,
Enjugando las lágrimas que llora,
Vuelve la paz del corazon bendita,
Que á todos con clemencia protectora
Siempre los golpes del dolor evita.

V.

Que en vez de cetro ó de temida espada

Báculo humilde á sus vasallos muestra,
Que en vez de sangre agena, derramada
Se ve su sangre en la mortal palestra!
Tal lo miramos el funesto dia
En que un pueblo rujiendo enloquecido
Blandió de muerte la guadaña impía
Y del cañon el eco maldecido
El pacífico hogar estremecía.

VI.

Santo Pastor, del maternal gemido
Acompañada su palabra pura,
Paz! gritando penetra decidido
Del humo espeso entre la nube oscura,
Sobre escombro y cadáveres sin cuento
Muestra la cruz cual fraternal bandera;
Tiñe tambien su sangre el pavimento
Y va á mezclarse su oracion postrera
Del combatiente al postrimer lamento (1).

VII.

Gran dignidad que á la ambicion agena
Del mando evita el deslumbrante yugo,
Que resigna á la víctima á su pena
Embotando el puñal de su verdugo.
Que rompiendo sus lazos con la vida,
Consagra á todos con ardiente anhelo

(1) Alusion á la muerte de Monseñor Denis-Auguste Affre, arzobispo de Paris, acaecida en las barricadas de Julio de 1848.

Su fe por el deber robustecida
Para el alma que niega descreida
La luz pidiendo y la piedad del cielo.

VIII.

¡Ah tú feliz que con mision tan santa
Ves tu virtud y tu saber premiado!
Torpe mi voz se anuda en la garganta
Mas palpita mi seno entusiasmado.
Si fiel retrato la palabra mia
No puede ser de lo que el alma siente
Tú, cuyo labio iluminó mi mente
Comprende; cuan la inflaman este dia
Gozo sincero y gratitud ferviente.

IX.

Si tu voz elecuente á otros lugares
El bálsamo á ofrecer va del consuelo,
Si sagrado deber hoy de tus lares
Quiere arrancarte á venturoso suelo;
Un triste adios mi seno conmovido
Darte quisiera que á formar no acierto.
Ah! del Señor la proteccion te pido
Implores para mí, que voy perdido
Del mar del mundo en el camino incierto.

Angel Maria Dacarrete.

Sevilla 14 de Octubre de 1851.

. . . .
. . . .

Rompo la lira, en que pulsar creia.
—Quise cantar tu esclarecido nombre....
Grande era el pensamiento como el dia....
Mision de un ángel el afan de un hombre.

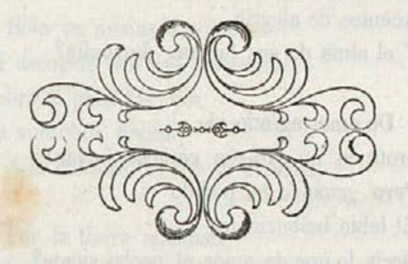
Átomo audaz, que pretendiera alzarse
Del Sol á contemplar la donosura,
Mi voz, débil enano, al elevarse,
Desprecio solo hallára en su locura.....

¿A qué quiero cantar?...—Torpe mi labio,
Si el nombre ilustre de Arbolí proclama,
A sus altas virtudes fuera agravio....
Tienen ya sus virtudes justa fama.

. . . .
. . . .

Rompo la lira, que pulsar creia....
—La impotencia á mi afán sirva de emblema...
—¿Quereis un bello trozo de poesía?....
Su virtud admirad... Hé ahí un poema.

ANTONIO GARCIA HERMOSA.



¿Qué raro abatimiento
Encadena mi indómita energía?
¿Por qué no doy al viento
Acentos de alegría,
Y el alma de sus fuerzas desconfía?

De amor agradecido
Brota en mi corazon copiosa fuente:
Pero ¿cuándo ha podido
El labio balbuciente
Decir lo que de amor el pecho siente?

Hacer quiero mi ofrenda
Signo de mi rendido sentimiento;
Pero al soltar la rienda
Se apaga mi ardimiento,
Vano es mi afan, y mi impotencia siento.

¡Qué gozo si pudiera
Hacerse el hombre á voluntad fecundo!
Mas entonces moviera
Su paso inverecundo

Diciendo *quiero*, y sojuzgando al mundo.

Pero el mísero humano
Del dolor en la atmósfera respira·
Donde sienta la mano,
Donde afanoso gira,
Halla siempre al dolor y allí suspira.

Quizá el alma ambiciona
Elevarse cual águila potente;
Tal vez aúrea corona
Imagina esplendente,
Mas le grita el dolor, *hunde tu frente*.

Solo en menos abrojos
El escogido del Señor camina:
Sobre él puso los ojos
La voluntad divina,
Y á la cumbre celeste lo avecina.

Por la tierra adelanta
Del solícito dedo señalado;
Todos siguen su planta,
Y al verlo ya elevado
De todos por feliz es aclamado.

Mas ¡cuánto de dolores!
¡Oh, cuánto de trabajo en sufrimiento
Le cuestan sus loores!
¡Oh! ¡Cuánto de tormento
El decir *¡Hijo soy de mi talento!!*

Feliz! no por la envidia

Que sus armas feroz le ha dirigido!
Feliz! no porque lidia
De penas, no rendido,
Mas por ser del Señor *un Elegido*.

Tú, que el báculo ahora
Puesto en tus manos ves, Pastor celoso,
De nuestra patria aurora,
¿No te sientes gozoso
Y, electo del Señor, ya venturoso?

En tí vertió la gracia
¡Vaso de perfeccion! divina ciencia;
Y regaló eficacia
A tu rica elocuencia
De humillar el error con tu presencia.

¿Qué vale la victoria
Sobre la vil materia conseguida,
Si al fin llama de gloria
En Dios mismo nacida
Es el principio y ser de nuestra vida?

Al bajel arrogante,
Por los contrarios vientos no repulso,
Háse avanzar triunfante
El émbolo convulso
Del domado vapor al bravo impulso.

De nubes coronada
Estragos es en vano que aglomere
La tempestad airada;
Que cuando el hombre quiere

El rayo baja y á sus plantas muere.

¿Qué cosa habrá que asombre
Cuando al humano ser todo se inclina
Como domar al hombre
Con la fuerza divina
Que hasta el poder del crímen arruina?

¿Y quién, cual tú, del cielo
Recibió el don de sojuzgar el alma,
Mitigando su duelo,
Mostrándole la palma
Premio del bueno en la gloriosa calma?

Cual habla la natura
Siempre acorde al querido sentimiento,
Y al que tiene ventura
Le dá mayor contento,
Sin ofender del triste el pensamiento:

Así el sabio belleza:
El ignorante luz; los que batallan
Con las dudas, firmeza:
Los que al mal se avasallan
La dulce paz en tus acentos hallan.

Tú modelas al hombre:
La fé de amor al corazon envías:
Sentimientos sin nombre,
Profanas alegrías....
Hasta la agena voluntad varías.

El error enemigo

Levantó la cabeza en nuestro daño:
¿Quién luchará conmigo?
¿Quién de un oculto engaño
Libertará de Gades el rebaño?

Y atmósfera de muerte
En redor esparció de nuestro suelo:
Titubeó no fuerte
El mundanal anhelo,
Y el puro corazon tembló de duelo.

Pero tu voz arrostra
La tempestad, tronando entusiasmada:
¿Quién á sus plantas postra
Mi frente no domada
Y en Paris, dijo el monstruo, *laureada?*

Eras tú: brevemente
Purificó la atmósfera tu aliento,
Y hundida ví la frente
De las dudas sin cuento
Que á reinar empezaron un momento.

¿Y tú, gloria de Gades,
Rehusar pensaste el báculo sagrado
Que en todas las edades
Al pueblo ha libertado
De los asaltos del poder airado?

No en el seno profundo
De la mar toda perla queda oculta:
Tú debes en el mundo
Brillar contra el que insulta

La alma verdad y la virtud sepulta.

Tú debes ¡ay! el seno
De la ciudad huir que en ti se mira:—
—Ya de placer ageno
El triste pueblo gira
Y de entusiasmo y de dolor suspira.

Así la fébea llama
De las regiones que inflamó se aleja :
—Sin tregua luz derrama:
Mas al país que deja
¡Cuán densa noche de dolor aqueja!

Noviembre de 1851.

EDUARDO BENOT.

SONETO.

¡Feliz quien puede con robusto acento
A la envidia decir que le importuna:
«Lo que soy no lo debo á la fortuna,
Débolo solamente á mi talento!!»

Feliz, muy mas feliz que el opulento
Soberano que nace en regia cuna;
Feliz quien la virtud y ciencia aduna,
Y *ser grande* no debe al nacimiento!

Tuvo un Sócrates Grecia la pagana,
Tuvo un Platon de ciencia peregrina,
Un Marco Tulio la nacion romana,

Un Bossüet la religion divina:
Mas eres contra el torpe escepticismo
Platon, Tulio y Bossuet á un tiempo mismo.

Cádiz 10 Noviembre de 1851.

JOSE MARIA HELGUERA.

A GUADIX.

Ya entre mis manos la templada lira
No sé las cuerdas que á mover me atreva
Ni en qué tono cantar;
Que á un tiempo mismo el númen que me inspira
Bajo sus alas colosales lleva
Alegria y pesar.

I.

¡Salve, Guadix! á tí tan solamente
Dar el mas grande parabien debemos.
¡Salve al pueblo dichoso!
Que hoy logra felizmente
La teológica joya que perdemos;
Nuestro tesoro místico y precioso.
No dar á Cádiz, no, la enhorabuena.
¡Madre infelice! que con honda pena
Del seno cariñoso
Siente le arrancan en tan triste dia
El hijo en quien fundaba su alegría.

II.

¡Ay si, Guadix! tu inteligente mano,
Que á inspiracion de Dios quizá responde,
La alhaja mas pulida
Sacó del gaditano
Envidiable joyel; crisol de donde
Genios salieron con humana vida.
¡Ay si, Guadix! contigo te lo llevas,
Allá le brindas dignidades nuevas;
Pues con la frente erguida
Le ofreces en tu templo inmaculado
Del alto asiento el báculo sagrado.

III.

Y él te lo acepta, sí, será tu guia
En adelante, ó tu pastor prudente,
Que activo y bondadoso
Cuidará noche y dia
Del cristiano rebaño, inteligente,
Sin entregarse al sueño perezoso.
Y no, Guadix, por ambicion mundana
Tu mitra acepta, en su virtud cristiana
Anhela generoso
Mostrarte de la fé la luz divina,
Y de verdad la fuente cristalina.

IV.

¡Y cómo envidiaré tu feliz suelo

Cuando ya desde el púlpito sagrado
Del Espíritu Santo,
Que descienda del cielo
Sobre su corazon purificado,
Escuches de su boca, con espanto
Los vicios y el error en que vivias;
Por la mundana senda en que corrias,
Y moviendo tu llanto
Y condenando tu vivir impuro
Te consuele otra vez su acento puro!

V.

¡Ay si, Guadix! porque su voz es pura
Y dulce cual la miel mas destilada;
Y reprehende su acento
Con la misma dulzura
Del hijo de la madre inmaculada;
Porque con religioso sentimiento,
Despues que el corazon del pueblo entiende,
Al mismo tiempo que su voz reprehende
En su rostro el contento
Brilla; que sabe su palabra mana
Fruto, como el rocio en la mañana.

VI.

En Cádiz vive singular testigo
De lo que digo yo; hay aquí un hombre,
Inglés de nacimiento (1),

(1) El Sr. Don Cárlos Alfredo Henry, bautizado por el Illmo. Sr. Arboli en 24 de Noviembre de 1844.

El cual trajo consigo,
Si bien mil pruebas de su honrado nombre,
Todos los vicios del error, cimiento
De la falsa doctrina que creia;
Oyó, Guadix, de tu prelado un dia
El inspirado acento,
Y corriendo á sus plantas, por su mano
Quiso cristiano ser, y fué cristiano.

VII.

Y si no fuese prueba suficiente
De su estensa virtud y su talento
Cuanto diciendo voy,
¿No existe felizmente
Un templo, que será gran monumento
En los futuros siglos desde hoy,
Tan solamente á la piedad debido
De Cádiz, y por ella construido?
Pues él, y cierto estoy,
Fué el que en union de nuestro obispo santo
El ánimo del pueblo inclinó á tanto.

VIII.

Por eso á ti, Guadix, hoy solamente
Dar el mas grande parabien debemos;
A tí, pueblo dichoso,
Que hoy logras felizmente
La teológica joya que perdemos,
Nuestro tesoro místico y precioso.
A Cádiz no daré la enhorabuena,
¡Madre infelice! que con honda pena
Del seno cariñoso

Siente le arrancas en tan triste dia
El hijo en quien fundaba su alegría.

IX.

Una sola esperanza en tus dolores
Te queda; ¡oh Cádiz! la verás cumplida
Cuando llegue el momento
En que la ausencia llores:
Tu amante hijo en la fatal partida,
Vistiendo ya de Obispo el ornamento,
Antes de retirar la última planta
Del suelo en que nació, con mano santa
Y religioso acento
Te habrá de bendecir, cual tú llorando,
La Trinidad de Dios puro invocando.

Cádiz 29 de Setiembre de 1851.

Rafael Leopoldo de Palomino.

SONETO.

Alégrate, Guadix, dulce consuelo
En las penas del alma, diestro guia,
Elocuencia, virtud, sabiduría,
Todo en un hombre te concede el cielo.

Confunde, Gades, con tu gozo el duelo,
Nunca existió completa la alegría,
Si Dios honores á tu hijo envia
Partir habrá de su nativo suelo.

Mas si Cádiz se duele de perderte,
Tambien se regocija con tu gloria;
Aumentas una página á su historia,

Arrebatas sus triunfos á la muerte:
Que el sabio muere porque el sabio es hombre,
Pero la gloria le eterniza el nombre.

Cádiz 10 de Noviembre de 1851.

José María Helguera.

EL MUNDO Y TU DOCTRINA.

Tambien yo debo descolgar mi lira
Y *á Dios* decirte con amigo acento:
Tambien á tu corona un pensamiento
Llevar el númen debe que me inspira.
¿Mas dónde encontraré tan grande idea
Que digna de ceñir tu frente sea?

¿Dónde la encontraré?... Si... ya ilumina
Mi frente un claro rayo, que hasta el cielo
Se eleva de tu angélica doctrina,
Dando á mi corazon luz y consuelo...
Venga mi lira pues; su canto entone,
Y un pensamiento tuyo te corone.

De mi ignorancia en la caverna oscura
¡Oh sabio Obispo de Guadix! me hallaba
Y en la lucha cruel de su amargura,
El mundo mi razon examinaba.
En él un ser feliz hallar queria
Y una *voz* á su exámen respondia.

Trabaja el hombre con afan prolijo

Por descubrir la peregrina huella
De la felicidad, que atento y fijo
Tenaz persigue para hallar por ella
La celeste mansion de la ventura
Donde vivir su corazon procura.

Por sendas diferentes encamina
Sus pasos cada cual para encontrarla,
Y juzga cada cual que se avecina
Al Eden seductor en que ha de hallarla,
Y arroyos entre flores ven sus ojos;
Pero encuentra al llegar sierpes y abrojos.

Sueños de una ilusion lleva por guia
El soberbio mortal, que hallar concibe
La dicha en el poder... su fantasía
Le va matando donde ciego vive:
Él mismo forma y lleva su martirio
Bajo la inspiracion de su delirio.

Sencillo al parecer y siempre astuto,
De finjida vírtud haciendo alarde,
Inciensos viles quema por tributo
Ante las aras del poder, cobarde.
Y baja adulacion sembrando sigue
Hasta quel aura del favor consigue.

Para tocar el fin de la cadena
Calcula sus lejanos eslabones...
Pocos le faltan; ¡Ay! Terrible pena
Fuera dejar de herir los escalones,
Que del poder le alejan, con su planta.
¡Hay allí tanto bien y dicha tanta!...

Audaz, sin religion y sin conciencia,
Amigo inseparable del engaño,
Injusto y malhechor con insolencia,
E hipócrita á la vez, su desengaño
No estudia en lo pasado, ni presente,
Solo en el porvenir fija su mente.

Si ante la ley alguno le ha llevado,
Él sobresale en amañar la intriga
Con que corrompe al recto magistrado
Que viene á hacer con sus maldades liga,
Y es luego tal su ilécebra y su maña
Que al hombre mismo que lo acusa engaña.

Al ver su valimiento orgullo siente;
Pero tras vil humillacion se oculta,
Bajando al suelo la envidiosa frente
Cuando el ajeno resplandor le insulta:
Entonces de agradar busca camino,
Y es amable, y cortés, y atento, y fino.

Y aplaude á quien gozoso destruiria,
Y su desprecio toma por halago,
Buscando en el dolor de su agonía
La escala hermosa del poder en pago:
Y la toca... y asciende hasta la cumbre...
Mas ay!... No puede resistir su lumbre.

Cae desde arriba despeñado al suelo,
Perdiendo el antifaz con que subiera...
Va en sus amigos á buscar consuelo,
Y en coro escucha que le gritan *fuera*:
Y sale... y ve la multitud unida

Para mostrarle cada cual su herida.

Y corre ante sus víctimas temblando,
Que lo persiguen con ahullido horrendo,
Y va de reino en reino caminando,
Siempre un puñal ensangrentado viendo,
Que con saña infernal su pecho hiere,
Pronunciando: *Malvado, toma y muere.*

El mundo otro camino facilita
Que ofrece con engaños la ventura
Al asqueroso mercader que imita
Del pueblo errante la insaciable usura,
Y busca el oro con afan profundo,
De ciudad en ciudad, de mundo en mundo.

Del insondable mar rasgando el seno,
Amarrado al timon de su navío,
Jura y blasfema al desgajarse el trueno,
Maldiciendo á su Dios con labio impío,
Mientras el huracan furioso ruje,
Y el hondo abismo brama con su empuje.

Vé desde el cielo descender montañas
Que del mar levantáronse tremendas:
Y las siente llegar, y á sus entrañas
Se vé correr por espumantes sendas:
Y mientras que su gente á Dios implora,
Calcula el oro que se pierde... y llora.

Al puerto arriba milagrosamente
Término designado á su carrera,
Y se escucha en el templo penitente

A su tripulacion con voz sincera;
Mas él, dejando á Dios por su tesoro,
Dobla y redobla en el mercado el oro.

Jóven... y rico es ya... tiene placeres
Cuantos ofrece el mundo al opulento,
Caballos, trajes, coches y mujeres,
Adulacion, lisonja y valimiento....
Pero, ¿por qué escondido enjuga el llanto?
No puede ser feliz gastando tanto.

Cada doblon que cambia es una daga
Que siente herir su corazon mezquino...
Aborrece el placer; porque lo paga...
De la felicidad erró el camino.
Ya se esconde... Miradlo placentero
Encerrarse á la par con su dinero.

En lóbrega mansion pasa la vida
Siempre de los escudos centinela,
Que bajo el suelo silencioso anida,
Cuenta, encastilla, reconoce y vela,
Hasta que él mismo su existencia mata,
Y el mundo sus tesoros arrebata.

Ay! Si él pudiera en su postrer momento
Gastar su capital en una orgía...
¡Con qué placer, al espirar, sediento
El oro derretido bebería!!
Mas no puede... El dolor su pecho raja
Y á los infiernos blasfemando baja.

Otro, á quien Dios con bondadosa mano

Hizo mas racional que al usurero
Y menos *necio* que al magnate vano,
Avanza del saber por el sendero,
Sin que su marcha detener consiga
El tiempo, la escasez y la fatiga.

Encerrado en estrecho gabinete,
Tras de un monton de libros escondido,
Que apilados abruman su bufete,
Huye del sol, del mundo y su ruido,
Y dedica al estudio su existencia,
Que la felicidad busca en la ciencia.

Recorre con su mente las naciones
Que desde la creacion se conocieron;
Y examina el gobierno, inclinaciones,
Y costumbres, y leyes que tuvieron:
Su religion y su moral repara,
Y unas con otras crítico compara.

Las vé, que en su niñez débiles fueron,
Ignorantes despues, despues guerreras,
Que luego sabias ser todas quisieron,
Y luego dar sus leyes las primeras,
Y que al peinar sobre su frente canas
Fueron supersticiosas y tiranas.

Deduce del exámen, que tan solo
A la naturaleza el paso siguen
Los pueblos que se ven de polo á polo,
Y que á sus leyes amarrados viven.
Que nacen todos de la misma suerte,
Y van de un modo igual hácia la muerte.

Entonces de la gran naturaleza
Quiere saber el insondable arcano,
Y lleva con fatídica presteza
A un volúmen de física su mano,
Muchos años gastando en esta ciencia
Para buscar la luz de la existencia.

Conoce y vé la relacion quel suelo
En todo cuanto encierra, anima, y cria
Tiene constantemente con el cielo,
Y se lanza á estudiar astronomía...
Ya el giro de los astros ve admirada
Su físico-astronómica mirada.

Finge, jiran los globos sobre un eje
Con fuerza de atraccion y repulsiva,
Que esta combinacion los entreteje,
Y que en ella no mas la causa estriba
Del movimiento universal eterno
Que sirve á la natura de gobierno.

Orgulloso á los hombres se presenta
Para mostrar su inteligencia suma,
Su frente, calva de pensar, ostenta,
Y toma altivo su valiente pluma;
Pero al ir á arrojar tan clara llama
Abre los ojos y aterrado esclama:

«Si la fuerza centrífuga un momento
«A la fuerza centrípeta igualára,
«No hay duda, que el celeste movimiento
«Su marcha destruyera y terminára:
«Y si estas fuerzas desiguales fueran,

«El caos por resultado produjeran.

«Nada sé, nada.» Por su añosa frente
Crujen las venas de dolor hinchadas
Matando su razon; está demente,
Y rompe en convulsivas carcajadas....
Y luego llora... y canta luego un poco....
Mientras repite el mundo... *Pobre loco*!

Iba á seguir la voz, cuando á mi oido
Hirió la tuya, Doctoral, divina.
Estabas ante un pueblo corrompido
Predicando elocuente tu doctrina.
Allí la multitud tu acento oia,
Inspirado por Dios, que les decía:

«Y qué! ¿hallareis felicidad alguna
«En el poder soberbio, que os admira,
«En el loco saber ó en la fortuna
«Sin religion y sin virtud? Mentira...
«Que ellas tan solas son los dulces rios
«Donde se bebe el bien, hermanos mios.

«. . . . .
«. . . . .
«. . . . .
«. . . . .
«. . . . .
«. . . . .

«Debe el que manda á los demás ser justo
«Sin olvidar que Dios sus pasos mide:
«Debe aliviar el rico, sin disgusto,

«Al que en nombre de Dios su amparo pide.
«Y debe el sabio adelantar su ciencia
«Para admirar de Dios la Omnipotencia.»

Ante tu acento angélico y severo
Quedó la voz de mi ignorancia muda:
De la felicidad hallé el sendero,
Rasgadas las tinieblas de mi duda.
Ser sin virtudes rico y poderoso,
O saber algo mas, no es ser dichoso.

De tí aprendí, dulcísimo Prelado,
Tan profunda verdad. Por tí comprendo
La causa porque el hombre es desgraciado
Poder, riquezas, ó saber teniendo;
Y como humilde, pobre y virtuoso,
Es, adorando en Dios, tan venturoso.

Devuélvote, Arbolí, la que me diste
Máxima santa, con placer guardada
Aquí en mi corazon, do la pusiste,
Y queda, al irse para tí, grabada.
Otra cosa mejor no puedo darte.
Vaya, puesto que es tuya, á coronarte.

Y, mientras Cádiz, concha nacarada,
Que en el rizado mar se mece erguida
Sobre alfombra de plata recamada,
Vá á sufrir con dolor profunda herida
Dentro del corazon, dó está la blanca
Hermosa perla, que Guadix le arranca,

Triste mi lira, que su *á Dios* te envía

Desde la gran Melaria donde habito
Sobre un cerro que al cielo desafía
Con su elevada cima de granito,
Entone trovas de amargura y luto
A tu ausencia y virtudes por tributo.

ANGEL MARIA DE LUNA.

Vejer 1852.

